

La hermosa quiso hacer una nueva víctima de su vanidad. Y quiso también prender al caudillo en la red de su coquetería.

Pero él, acostumbrado a vencer en cien batallas, puso sitio al castillo de vanidades de la hermosa con el arma poderosa de su indiferencia, capaz de derrotar toda la vanidad de una mujer.

Rabió la bella al principio, redoblando sus ataques; sintió después el dardo emponzoñado del despecho, al advertir que eran inútiles sus artes femeninas; prendió por último en su corazón la llama de un amor que era todo deseos furiosos, ansias salvajes de hembra herida en su amor propio. Pero se alzaba, infranqueable, la indiferencia del guerrero en cuyos brazos robustos de vencedor, habían languidecido las ansias de mujeres bellísimas.

Y ella, la hermosa, la inaccesible, la invicta, enfermó de un mal incurable; un mal extraño que la hacía rugir de ira, en explosiones por las que se escapaba su inútil vanidad; y clamar al cielo en dulcísimas protestas de amor no correspondido y licuarse en lágrimas ardientes el infierno de su anhelo insatisfecho.

Llamó al guerrero, le contó sus ansias, le ofreció en sus encantos un paraíso de dicha y de ventura. Nada le importaba rebajar su altivez de reina pagana hasta la súplica de una limosna de amor. Le quería, le quería locamente, desesperadamente, con un amor que era mucho más fuerte que su vanidad.

Y el caudillo, cortés y galante, pero altivo y reposado, inclinado el torso poderoso, tendido a los pies en reverencia cortesana su amplio chambergo, le dijo a la bella:

—Por mi fé, señora mía; que jamás pudo llegar mi altiva mente a soñar en tan alta victoria con tan desmedrado esfuerzo de mi parte. Y mucho menos que sin entrar en batalla me hallara ante el cielo de vuestra delicada hermosura, antes hecha para recibir halagos reales que para ser mancillada por mis toscas manos de guerrero. Pero si la voluntad mandó siempre en mis actos, es el caso, señora mía, que jamás tuvo poder alguno sobre mi corazón. Mi razón me inclina a admiraros como un prodigio de hermosura; mi corazón es un tiranuelo que me lleva hacia la quimera de un amor imposible. Todos sufrimos de amor, bella señora mía. Fuerza será resignarse y vivir muriendo de anhelos.

Marchó el caudillo. Quedó la bella llorando silenciosa y desesperadamente. Y el mal hechó tan hondas raíces que muy pronto acabó con su vida.

• •

Esta es, mujer, la triste historia de amor. Lejos de mí las recriminaciones. Sufrí mucho por tí, pero también el espíritu se tem-

pla en el sufrimiento. Hoy, el dolor del recuerdo es para mí un dulcísimo placer de agonía.

Ojalá que te sirva de algo esta triste historia de amor...

ALMIRO PEREZ MORATINOS.

A VASCONIA

CANCION DEL EMIGRANTE

De la calma serena de tus montes azules,
de tus valles rientes que ocultas con los tules
de tu eterna neblina,
de la borda que inclina
su frente milenaria sobre el verde repecho,
¡cuántos dulces recuerdos no conserva mi pecho!

Lejos del mar que baña tus cantiles y playas,
lejos de tus encinas, tus robles y tus hayas,
hogar de mis mayores,
tierra de mis amores,
no disfruto el encanto de tus amaneceres,
ni la ingénuo sonrisa de tus castas mujeres.

Lejos de tí, Vasconia, voy subiendo el Calvario
de mi vida doliente. Has sido tú el santuario
para mis letanías:
rosicler de los días
de mi niñez dorada, esos años de rosa
en que vuela la infancia como una mariposa.

¡Oh, divinas nostalgias de la patria lejana,
de la madre que reza, del padre, de la hermana,
de la novia que llora
la ausencia del que adora!
¡Oh, divinos ensueños de la tierra querida
que arrulló los primeros pasos de nuestra vida!

Cuando, después de mucho trabajar sin descanso,
quiera encontrar mi vida un tranquilo remanso,
como el ave cansada
o la yunta agostada,
sea mi caserío con sus grandes aleros
quien me preste su sombra en mis años postreros.

Cuando en mi pecho clave sus dardos venenosos
la implacable tirana de pasos silenciosos,
sé tú, tierra querida,
quien restañe la herida,
y que sea la suave brisa de tus montañas
bálsamo a mis sangrantes, doloridas entrañas.

Cuando por siempre entornen los párpados mis ojos,
cuando de mí no queden más que tristes despojos,
hogar de mis amores,
tierra de mis mayores,
guárdame en el misterio de tu eterna neblina:
¡guárdame entre tus brazos, Vasconia peregrina!

D. Zamabide

Salvador Azua
Contratista de Obras

Tel. 6-004

Rentería